

Enardecido Porfirio, que montó á toda prisa en el caballo, dió una carga y alejó á los contrarios; pero éstos ya habían recibido nuevos auxilios y eran en número de más de cien.

— ¡Adentro, muchachos, no dejemos aquí al comandante Olivos! gritó el jefe con lágrimas en los ojos.

Mas al volver el rostro vió que la nube de jinetes ocupaba ya el frente del jacal y que era imposible acercarse.

Porfirio se alejó al tranco y disparando con ventajas; pero con el alma hecha pedazos al saber que había dejado en poder de enemigos infames el último despojo del servidor más leal que había conocido en su vida.



## CAPITULO VII

### Resurrección

**F**UÉ en una mañanita, de las húmedas del tiempo de lluvias, cuando Pancho Olivos se dió cuenta de que vivía y alentaba y que, por fin, no había muerto de aquel tiro espantoso que le entró (Dios nos libre) por el sobaco izquierdo, le rompió no sé cuántos huesos, arterias y órganos útiles, se acercó al corazón, desviándose de él una ó dos pulgadas, anduvo por el estómago y al fin se aposentó como dueño y señor en los alrededores del hígado.

No le valieron á Pancho pócimas ni ungüentos, triduos ni novenarios, drogas de botica ni vendas puestas en cruz, ni polvos de cuerno de venado, ni hierbas medicinales conocidas sólo de los pastores. Tres meses batalló entre la vida y la muerte, y apenas pasado ese tiempo, se



sintió con ánimos y deseos para dar unos pasitos y gozar del sol, que antes había contemplado sólo por las rejas de un tablero de la puerta que servía de hospital y prisión en aquel pueblecillo. Por eso doña Silveria Romo, que vió levantarse al pobre oficial pasadas aquellas doce semanas, se le acercó satisfecha, limpiándose la cara cobriza con el delantal de cambaya azul.

— ¿Ya lo ve, señor? ¡si se lo dije! No hay dolencia que resista á los trece viernes de señor San Francisco de Paula... La primera vez que rezamos aquello de

Glorioso sois en verdad,  
Francisco, en Paula nacido,  
Mínimo de Dios querido,  
Nuevo sol de caridad,

usted se rebulló en la cama y abrió los ojos; y la segunda, cuando estaba con aquel horrible desvarío, tirando al suelo las cobijas y gritando como un embrujado; al empezar la tercera se sosegó y consintió en beber la infusión que le teníamos preparada... ¡Si no hay como mi santo!

Sonrió Francisco para dar las gracias á la excelente doña Silveria, que por cierto era alta, gruesa, de semblante apacible, de ojos chiquitines, de nariz chata y de conjunto insignificante.

Alejóse la matrona, y Pancho pudo contemplar á su sabor el lugar en que se hallaba. Tenía al frente el muro



— ¿Ya lo ve, señor?...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO



de la iglesita del lugar, carroñoso, carcomido, apretado de cicatrices de tiros y de mataduras producidas por la acción del tiempo. En la nave, dividida en dos secciones, había permanecido durante su enfermedad, contemplando con mirada sin conciencia una gran sábana que tapaba la puerta y tras la cual se veía la silueta de una escultura y se escuchaban rezos y conversaciones.

El templo estaba cerrado con una gran puerta de palo, que tenía arrancado un tablero por donde entraban la luz á los heridos y las preces y las flores á un Santo Niño con báculo y calabazo que regía una grey de cabras y borregos de alfeñique. Limitaba la puerta un medio punto de cantería historiado y lleno de labores enigmáticas, al grado de ignorarse si las tales labores eran arábigas ó aztecas, y hasta si las había labrado la mano prolija y artificiosa del hombre ó la zarpa brusca y despiadada del tiempo; seguía un ático rematado por la mano cerrada, emblema de la orden tercera, y la construcción se veía superada por otro medio punto, que llevaba como apéndice una torrecilla para las campanas, de las que no quedaba más que una roñosa y tomada de orín, que se oía sonar de higos á brevas, si acaso la agitaba el lacete que pendía del badajo.

A lo lejos, como si fuera un mar verde y móvil, extendíanse los sembrados de maíz, y como si aquel lago estuviera coronado de espuma, las robustas panojas mos-



traban sus blanquísimos granos ó el airón de sus cimeras doradas y sedosas.

Olivos permaneció un buen rato viendo aquel sembrado en frutos, aquella tierra húmeda y feraz, que no se daba cuenta de las disputas de los hombres y que, incommovible y serena, seguía dispuesta, como antaño, á abrir su seno á todas las generaciones para sustentarlas y á abrir sus brazos á todos los hombres para arrullarles en su último sueño y darles perpetuo abrigo. No quemaba el sol al convaleciente, no le ofendían las ráfagas de aire, no se sentía molesto, ni disgustado, ni falto de ánimo; habría deseado permanecer días enteros en aquella situación, disfrutando del placer de vivir, del gusto de saborear aquella languidez que se asemejaba á la beatitud y á la extinción de la personalidad.

Pidió que le sirvieran su comida en el poyo en que se hallaba recostado; en el poyo durmió la siesta; pasó en el poyo una ligera llovizna que mojó el suelo con un rocío tenue y delicado, y en el poyo dejó llegar la hora del crepúsculo, que se le infiltró en el alma con toda su tristeza. Primero se presentaron á su memoria su general, sus compañeros y sus amigos; luego se acordó de sus padres; y al fin, como una imagen vaga y esfumada, pero dulce y amable, apareció la figura de Violette, su linda compañera, su amiga, su enamorada.

— Todo el mundo se habrá olvidado ya de mí, pensó;

todos me creerán muerto, todos se habrán conformado y si acaso me lamentarán un poco de vez en cuando.

Y en aquella hora melancólica, en que los árboles se inclinaban uno hacia otro como diciéndose tristes confidencias, en que se apagaba la última ráfaga de luz en el cielo, y comenzaba á resplandecer el lucero de la tarde, y la sombra se alzaba como envidiosa del fulgor de la estrella y queriendo opacarla, el pobre oficial reflexionó en su suerte, y se dolió de ella y de su aislamiento y lloró en silencio.

— No sé á derechas en dónde estoy, dijo en voz alta y haciendo ademanes con cabeza y manos; no sé qué me pasa ni á quién pertenezco; no sé si estoy libre ó si estoy preso... ¿Qué habrá sido de mi general? ¿Caerá en manos de Ortega? ¿Morirá? ¿Seguirá triunfando? ¿Y dónde estará mi hermano? ¿Y mis padres? ¿Y Violette? ¿Me habrá olvidado? ¿La habrá convencido Chastel de que no hay fidelidad posible para los muertos y para los idos?

Y Pancho, que había visto en el primer momento como la gloria mayor la gloria de vivir, siguió llorando al sentirse olvidado, solo y sin ligas con el mundo.

Cuando más enfrascado estaba en su pena, oyó tropel de caballos é instintivamente se alzó del asiento que ocupaba, al ver llegar á un jinete que venía delante de otros cinco ó seis y que gritó con voz de trueno al convaleciente:



— ¡Eh, Ponciano, aquí!... Coge esta rienda. No te aplomes, hombre.

Se movió el pobre Olivos lo mejor que pudo, y apoyándose en un bastón de otate que le había proporcio-



nado la caridad de Silveria, acudió á cumplir lo que le mandaba aquel que le había llamado Ponciano.

— Pero qué, ¿no es Ponciano? ¿Conque es usted, amigo? Veo que ya está de correr y parar. ¡Bendito sea

Dios, hombre!... Yo creí que ya se nos pelaba... Pero, pase, no se esté en el sereno.

Y con bondad no esperada, dió el brazo á Pancho introduciéndole á un cuartito, probablemente la sacristía ó la antesacristía del templo.

A la luz de un velón vió Pancho á un guerrillero flaco, de cuerpo regular, con la cara y las manos llenas de las pintas de la jiricua, vestido de gamuza, enorme jarano en la cabeza y tremendos y sonadores acicates en los pies.

— Yo soy Visoso, Jesús María Visoso, le dijo con arranque el charro.

Francisco le vió despacio sin que se le escaparan en aquella inspección los ojos negros, la nariz prominente, la abultada panza, las pantalonerías y la chaqueta que le daban cierto aire al buen Visoso.

— ¿Le extraña encontrarse conmigo? Pues es claro; ¿cómo se lo había de figurar usted?... Pero qué, ¿no le dijeron nada los que le cuidaban? Mire, pues son de pecho... Pues, sí, señor, yo soy Visoso... para servirle... Su jefe de usted anda haciendo torería y media; pero no creo que se salga con la suya... Anda ahora por Putla, por Tlapa, por Tlaxiaco... ¿Que cómo cayó usted en mis manos? Hombre, muy sencillo: los de Ortega me le dejaron por muerto; se fueron tras de Porfirio, que no sólo se les escapó, sino que les pegó una zurra de primera clase. Yo pasé en la tarde por Lo de Soto y vi que estaban



velando dos difuntos en un jacal. Me acerqué á ver si había en el velorio un poco de mezcal, ó, por lo menos, algo de charape, y entonces me refirieron que usted había caído al lado de su jefe, y que el otro que se hallaba enfermo y que se llamaba... ¿cómo se llamaba?

— ¿Manuel Aburto?

— Eso es, Manuel Aburto; pues bien, que á Aburto le habían sacado de un jacal en donde estaba en cama, le habían presentado al coronel Acebal (que estaba dirigiendo aquello) y que cuando Acebal estaba averiguando quién era el preso, el ladrón Benito Arango le había descerrajado por una oreja el tiro que le dejó seco... Yo me acerqué á los difuntos, les vi y me estuve un ratito á su lado... Serían las doce cuando noté que estaba solo, y como no me convenía quedarme allí velando cadáveres, me salí echándoles antes una mirada á los cuerpos. Uno estaba bien muerto: le habían pegado el tiro en la mera chapa del alma; el otro (ahora usted), como que movía á compás los botones del chaquetín, y como que con un soplo que le salía por la nariz levantaba los pelos del bigotillo: nada más... Los cabellos se me pararon (¿para qué es más que la verdad?) y dudando si el charape me hacía ver visiones, llamé á Silveria (ahora la que le cuida) y ella me confirmó que usted estaba vivo... Y allí fueron mis enojos y mis disparates: «¿pero, hombre, tasajo, que sean tan brutos que vayan á enterrar á un hom-

bre vivo?»... «¡Señor, si nosotros no tenemos la culpa! Demasiado hacemos con velarle. El otro coronel dijo que luego que les quitáramos lo que trajeran,... pum, al joyo»... «Pues llamen á un médico, á un curandero, á alguno»... «¡Señor, si no hay más que la arbolaria!»... «Pues que venga la arbolaria»... Y comenzaron con eso los trajines, y el ir y venir, hasta que la vieja que llamaron declaró que se comprometía á cuidar á usted.

— Me ha salvado usted la vida, exclamó enternecido Pancho.

— ¡Qué salvar, ni qué salvar! Si nos hubiéramos visto frente á frente á la hora de los cocolazos, habría procurado madrugarle y á ver si se le pegaba; pero como me le encontré tirado en el suelo, echando sangre por todas partes, no era cosa que me atreviera á mandarle enterrar vivo... No tengo el alma tan atravesada... Pues, señor, que apenas le alzaron entre seis, para ponerle en un tapextle, cuando echó usted un lamento como si le hubieran arrancado las raíces de la vida. «¡Tasajo! grité; y así habían dicho que estaba muerto! Más muerto estoy yo»... Pero faltaba la más negra: curarle; el hacerle recobrar el conocimiento fué cosa de poco rato; pero el cerrarle esa reventadísima herida fué negocio largo: por aquí se tapa, por allí se destapa, aquí le meten varas de mecha de rechín y más allá arrobas de *ingüente* amarillo... Y luego era aquello un salir de huesos y de podre,